



¿Cómo surgió el universo? Algunos científicos dicen que de un punto de luz. ¿Usted qué opina?

El principio del origen

La idea del big bang puede remontarse a San Agustín y al escolástico Grosseteste, quien afirmó que todo surgió de un punto de luz

ARNOLDO MORA

El 23 de abril del año pasado, el astrofísico George Smoot, de la Universidad de California, anunció exultante que el satélite de la NASA llamado COBE (Cosmic Background Explorer o Explorador del Fondo Cósmico) y de cuya misión científica era el coordinador, había por fin logrado la comprobación experimental de la teoría del big bang.

Como todos sabemos, esta teoría, que parte de una aplicación cosmológica de la teoría de la relatividad generalizada de Albert Einstein, sostiene que el origen del cosmos se dio a partir de una formidable explosión, acaecida hace 15.000 millones de años, de una partícula ínfima o átomo primitivo, que condensaba en sí mismo toda la energía del universo.

Las fluctuaciones cuánticas que luego de la explosión se dieron produjeron los enjambres de galaxias que hoy pueblan el universo visible, alterando así la isotropía del mismo.

Contribución metafísica

Los aportes cosmológicos de la macrofísica relativista se unen así a los de la microfísica cuántica, en una visión armónica del cosmos, que habría hecho las delicias de los primeros filósofos matemáticos de la historia: los pitagóricos.

Por no ser experto en la materia, no me corresponde juzgar críticamente el valor científico de la teoría del big bang, ni el alcance definitivo de la comprobación experimental de los datos recogidos por el satélite COBE --210 millones de datos y mediciones que fueron revisados durante un año por el Dr. George Smoot--. Por mi deformación profesional, de filósofo, más que los hechos, lo que a mí me interesa son las ideas. Por eso, independientemente del mayor o menor grado de certidumbre que engendre la comprobación experimental de la teoría del big bang, he de reconocer que me resulta imposible abstraerme de la fascinación que su coherencia explicativa produce en mi espíritu.

En vista de esto, me di a la tarea de indagar de manera general en lo que sí es mi especialidad, la historia de las ideas filosóficas, algunos de sus antecedentes.

En nuestro caso, es casi un axioma que toda teoría científica actual posee una originalidad tan solo relativa, pues es frecuente que buena parte de sus presupuestos teóricos fueron ya descubiertos y racionalmente desarrollados por filósofos de antaño y cuya comprobación experi-

mental no fue entonces posible, debido a las limitaciones técnicas propias de la época.

Más aún, hay ideas que hoy tienen una fecunda aplicación en la ciencia, pero que fueron concebidas dentro de contextos poco afines a la misma, tales como doctrinas políticas, religiosas o estéticas. La inversa es igualmente cierta, en especial en épocas recientes en que la revolución científico-técnica alcanza dimensiones desconocidas. Esto sin que los planos se confundan.

Todo lo anterior lo único que prueba es el carácter polifacético de la mente humana, que engendra lo que en epistemología los filósofos solemos llamar "niveles noéticos" o niveles de comprensión de la realidad, diferentes, aunque no contradictoriamente excluyentes.

El futuro no existe

En el caso concreto de la teoría del big bang, podemos distinguir su dimensión categorial y su dimensión física. En cuanto a lo primero, lo que destaca es la categoría temporal, pues se habla de un comienzo o principio de todo, de etapas temporalmente cualificadas y diferenciadas (como una especie de "historia" del universo no humano) e, incluso, de un fin o término en el tiempo.

Lo interesante es que esta concepción del tiempo no es de origen griego, sino judeo-cristiana. Los griegos tenían una concepción lineal e infinita del tiempo, que les inhibía de tener una conciencia histórica como la que nosotros tenemos.

Para el griego, el futuro no existía, pues todo estaba sujeto a la ley metafísica del eterno retorno. Esto daba prioridad, si no exclusividad, al pasado, pues lo que llamamos futuro no es más que la reiteración de lo ya sucedido.

La idea de un comienzo absoluto de todo viene en el pensamiento occidental de San Agustín, quien introdujo también la idea de "nada", que fue igualmente desconocida por los griegos.

En cuanto a la dimensión física de la teoría de marras--la afirmación de que todo comenzó por un máximo de condensación de energía que explotó, produciéndose así el universo actual--, el científico argentino Patricio A. Laura ve con no disimulada admiración un precursor en las ideas cosmológicas del filósofo inglés escolástico Roberto Grosseteste (Robert Grosseteste, quien vivió en el siglo XIII).

En efecto, este filósofo, quien en vida fue canciller de la Universidad de Oxford, según Laura escribió en su obra *De motu corporali et luce* --cerca de 1230-- estas impresionantes palabras:

"El universo surgió de un punto de luz que por autodefinitión engendró las esferas de los cuatro elementos y los cuerpos celestes, dándole a la materia su forma y dimensiones".

Y el mencionado científico argentino, director y fundador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de su país, concluye: notable visión profética en el campo científico la de Grosseteste, maestro, a su vez, del genial Roger Bacon.

Viene de la Pág. 1

retirarla pues su deseo era verla publicada en manos de otros lectores. Pero luego, tuvo que morir para que decidieran correr y editarla en tiempo récord, porque ya se que ya habían pensado en postergar de nuevo su publicación. Todos estos detalles me los contó su hermana.

Lo que tenemos entre las manos es un libro de doce relatos, más o menos breves, escritos con precisión literaria, que quiere decir con una apreciable rigurosidad lingüística, riqueza de imágenes y metáforas, porque la prosa de Rivas posee una impactante fuerza lírica. El propio desgarramiento del mundo que presenta no le permite otra cosa que una constante apelación a las estructuras poéticas, a narrar en imágenes y abrir espacios muy amplios, como las ondas en un estanque cuando una piedra rompe su tranquilidad.

Sus personajes, o son seres solitarios, francotiradores, individuos que circulan en la periferia de la sociedad y miran la vida desde oscuros ventanales y pesadas cortinas como en "El muchacho de la casa de enfrente", o son frustradas familias desintegradas, envueltas en la incomunicación y la frustración de llevar vidas sin entusiasmo, atravesadas por el incesto y la enfermedad, como en "Espejismos". Entre unos mundos y otros, están los relatos brevísimos, pequeñas parábolas, monólogos filosóficos, como "Salamandra".

La prosa de Hugo Rivas es profunda y desgarrada, posee coherencia existencial y un deliberado juego estructural en que el realismo se mezcla con lo fantástico, creando planos de proximidad vital totalmente posibles, como en "Cambios de otoño", donde una relación edípica y el deseo de transgredir las fronteras naturales que expresan un par de amigos-primos convierte al mecanismo de la tragedia en una ópera bufa, en que no hay purificación para las víctimas y la expiación se produce sin catástris. Pero es que aquellos personajes viven una existencia sin esperanza, devoran diariamente un mundo agotado que los consume. Por eso se ven a sí mismos como "unos cueros de solemnidad triste y pobre, cuyos rostros blancos como cera, brillantes de afeites, en medio de la luz de sangre enturbiada por el humo, aparecían rodeados por un montón de caras adolescentes, soñolientas, que a David le parecieron el unánime rostro de una juventud cansada de andar viva, como ellos." O cuando el narrador describe en el mismo relato que los personajes habían llegado a darse cuenta de que "el mundo era una gran caca de Dios..."

O cuando en "Salamandra", el personaje, el narrador y el autor --que me disculpen los estructuralistas-- se funden en una sola voz, para presentar un relato que hasta cierto punto expresa la voluntad de Hugo como artista: "Está lloviendo, llueve, lo ves, y yo estoy aquí tratando de registrar cada gota en mi memoria para llevarme el invierno cuando mi tiempo haya terminado y ya no haya agua, ni sol, ni plumaje que lo traiga del otro lado de ese misterioso horizonte." Y quizás eso fue lo que Hugo se llevó nada más: el invierno con toda su lluvia, pues él vivía "queriendo que el tiempo se agote como se agota la cuerda de un reloj para que no haya ocaso, para que no sea cierto que hay un ocaso esperando del otro lado de esa montaña implacable."

Pero Hugo atravesó la montaña implacable y, leyendo sus relatos, no queda duda de que en el fondo nos quería decir que sí había ocaso y sombras al otro lado de aquella montaña, pues "...únicamente cumples el deber de vivir, de vivir para nadie."

El, sin embargo, vivió para su literatura, sufrió y transgredió, quemó sus naves y naufragó en una botella; él era un hombre duro y tierno a la vez; anduvo mucho, pues no le gustaban los autobuses y muchas veces caminaba desde su casa en Desamparados hasta su trabajo en San José.

Aquí están estos cuentos, y varias obras anteriores y algunas inéditas que su hermana planea publicar. Acerquémonos a Hugo y su montaña implacable, echemos una mirada a todo lo que hay "En esa orilla sin nadie".